

**Discurso pronunciado por el  
Su Excelencia Monseñor Fernando Chica Arellano  
Nuncio Papal y Observador Permanente de la Santa Sede ante la FAO  
en ocasión del  
41.º período de sesiones de la Conferencia de la FAO, Roma, Italia (22-29 de junio de 2019)  
26 de junio de 2019**

Muchas gracias Señor Presidente,

Quisiera, en primer lugar, dirigir, al Señor Presidente, Enzo Benech, mi más sincero agradecimiento por concederme la palabra y, al mismo tiempo, felicitarlo por su elección para dirigir las sesiones de esta Conferencia.

En esta ocasión, también me gustaría, en mi nombre y en el de la Santa Sede, dar las gracias al Sr. Profesor José Graziano da Silva por el esmerado trabajo realizado durante su mandato al frente de la Organización. También deseo saludar con deferencia al Señor Qu Dongyu para que su nombramiento como nuevo Director General se traduzca en una pujante fuerza que beneficie a la FAO en sus iniciativas por ayudar fundamentalmente a aquellas poblaciones que sufren por causa del hambre y la malnutrición.

Señor Presidente,

El tema específico de este debate general: “Migración, Agricultura y Desarrollo Rural”, ofrece la oportunidad de fijar la atención en problemáticas de gran actualidad, cuyos protagonistas no son meras estadísticas, sino personas marcadas por el dolor y. Son seres humanos, como nosotros, pero que se ven obligados a abandonar sus tierras. Se marchan no por una libre elección, sino movidos por el desaliento y la desesperación, a menudo dictados por la imposibilidad de tener ese pan cotidiano que es parte integral del derecho fundamental a la vida.

El análisis de las cuestiones relacionadas con el círculo vicioso del hambre, de la emigración y de la pobreza no puede, ante todo, ignorar la centralidad de la agricultura. Ésta desempeña un papel crucial en la dinámica del desarrollo sostenible de un país, constituyendo uno de los principales catalizadores a través de los cuales otras actividades económicas y sociales pueden encontrar un impulso efectivo.

Sin embargo, estudios recientes indican que, en los países de ingresos bajos o medios bajos, el desarrollo y el crecimiento de los ingresos normalmente conduce a un aumento de la migración y, solo cuando se alcanza un nivel de ingresos medio-alto, los fenómenos migratorios disminuyen. Subrayan también que, antes de que un país alcance la estabilidad que permita a las personas ejercer su derecho a no emigrar, pueden transcurrir incluso décadas. Por tanto, es importante no sucumbir al error de pensar en el desarrollo, en particular en el desarrollo rural, simplemente como una herramienta útil para disminuir la migración, cuando en realidad es un derecho innegable y fundamental de cada ser humano. No es por tanto posible sustraerse, como tantas veces lo ha repetido el Papa Francisco, a la obligación de acoger, proteger, promover e integrar a quienes llegan a diario de países en vías de desarrollo buscando una existencia más digna y serena.

Junto a las personas que emigran de un continente a otro, también hay que prestar atención a quienes se desplazan dentro de sus propios países. Se trata de personas que a menudo se trasladan de las zonas rurales a las urbanas. Sin embargo, al carecer de la necesaria preparación o de las habilidades profesionales requeridas en las ciudades se ven constreñidas a permanecer en el círculo vicioso de la pobreza. Es un doloroso fenómeno que afecta especialmente a ingentes multitudes de jóvenes que se sienten cada vez menos atraídos por las actividades agrícolas. Sin embargo, el desarrollo rural no puede prescindir de su valiosa contribución

Señor Presidente,

A la luz de estas reflexiones, la Delegación de la Santa Sede recuerda la importancia de fomentar una visión de la economía y la sociedad éticamente fundada. Solo de esta manera será posible formular decisiones y emprender acciones en cumplimiento de ese principio de solidaridad que se encuentra en la base de la coexistencia justa y pacífica entre las naciones y, por consiguiente, ofrecer un nuevo vigor al sistema multilateral, cuyo papel es imprescindible para alcanzar un desarrollo sostenible e integral que ponga en el centro a la persona humana. A través de este enfoque, la FAO podrá continuar siendo un punto de referencia para los retos que debe afrontar el sector agroalimentario.

No quiero concluir mi intervención sin recordar a las delegaciones aquí presentes, el encuentro que mañana 27 de junio, tendrán los participantes en la Conferencia con su Santidad el Papa Francisco, siguiendo así una larga tradición que comenzó desde el inicio de la presencia de la FAO en la ciudad eterna.

Muchas gracias.